

última recientemente vertida al castellano, Lumen, colección "Palabra en el tiempo"—, y en mi opinión pertenece al segundo de los órdenes aludidos. Es decir, ésta de Weiss no constituye la añoranza de un mundo distinto, sino de una sociedad mejor organizada.

Su biografía: niñez, adolescencia y juventud en Berlín, en Praga, en Londres y en Estocolmo, huyendo de las persecuciones nazis, en un proceso de crisis continuada. Crisis social —de desarraigo, de la falta de un sitio seguro, de patria—, crisis afectiva —amores fugaces, frustrados intentos de consolidación existencial—, crisis vocacional, pintor, novelista, hombre de teatro, poeta... Crisis narrada con una fuerza literaria descomunal. El relato, envuelto en un clima de desamparo, de desaliento a veces, de amargura pronto superada otras, nos deja una suave impresión de melancolía, de inevitable falta de plenitud, de destino incumplido, aunque sepamos previamente que responde a la autobiografía del más grande dramaturgo contemporáneo. Pero no hay que olvidar que éstas son sus primeras obras, que las decisivas en su carrera están fechadas después. Tampoco debe de escapárseles la presencia en el trasfondo de la narración de un rebelde, de un hombre que escapa a sus propios condicionamientos en una aventura vital cuya curva arranca en estos libros, que se alza sobre los acontecimientos con una voluntad no disminuida por los sentimientos de desolación y tristeza.

"Aunque no se trataba de huir ni de exilio —escribe sobre el otoño de 1946—, aunque era ciudadano de un país perdonado por la guerra, no podía librarme de la idea de que yo no formaba parte de nada". Pero era poderosa la fuerza de su vocación: "Así tenía que ser un libro, así de impresionante, un solo arranque, un solo impulso, penetrado de alientos abrasadores". Es el instante en que Peter Weiss evoca el drama existencial de Kafka, siempre humillado ante sus jueces, impotente ante la mujer, coaccionado por la sombra de su padre, reprimido en un mundo sepulcral. Weiss se rebela contra este universo, marca

una distancia y encuentra un punto de apoyo en otro autor, celebre precisamente por el libro con el que Weiss tropieza: es el Henry Miller de "Trópico de cáncer". "En ese libro verde y rojo encontré la rebelión contra toda autoridad... La descripción procedía del mismo mundo en que se hundió Kafka, el mundo de aniquilación mecánico y anónimo, y aquí aparecía aún más diabólico, más brutal y febril, pero estaba superado, con un golpe magistral, que superficialmente parecía simple, pero que sólo era posible cuando se tomaba la decisión de entregarse plenamente a ese mundo y abandonar toda posibilidad de retroceso...". En París, durante un viaje fugaz, Peter Weiss advierte que ha encontrado un destino a su vida: "La libertad era absoluta, yo podía perderme en ella y en ella recobrarla". Hay un fondo existencialista en el pensamiento que preside esta evocación. Nos recuerda a veces a un Sartre envuelto en brumas nórdicas, más nostálgico que el real, menos racionalista.

Aunque su posterior fama de dramaturgo no hubiera existido, Weiss sería dueño de una segura notoriedad por estos libros autobiográficos, escritos con tanta lucidez, con una serenidad que sofoca la tormenta interior sin destruirla, con tanta pasión por los problemas esenciales de los hombres de su tiempo. ■ EDUARDO G. RICO.

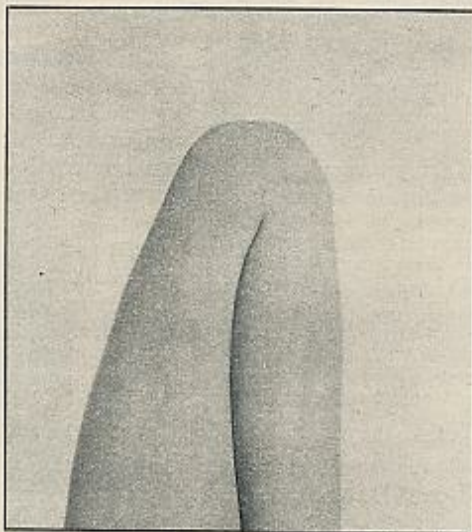
### Informe personal sobre el alba

Editado por Lumen, se ha publicado Informe personal sobre el alba y acerca de algunas auroras particulares, texto de Carlos Barral y fotos de César Malet. La presentación del libro ha dado lugar a una exposición de fotos y poemas en la sala Aycla. Tanto el texto como las fotos son ejercicios de investigación: anatómica, anímica, lingüística:

El alba se apodera de ti como [una muñeca enyesada, como una cara ajena o máscara que hunde sus [cuernos en las sienes, el alba que te empuña, que te [arroja indefenso a la vida de los otros.

Este alarde de coparticipación se ha desarrollado por caminos creacionales paralelos. En ningún caso el fotógrafo se ha aplicado a ilustrar los poemas de Barral, ni el poeta ha buscado palabras bajo la presión de las imágenes. El alba y los cuer-

superada la etapa de servidumbre civil, Barral nos obliga a releerle con pocos autores puedan hacerlo, y una lectura que implique toda su obra nos produce la en el fondo esperada sorpresa de que Carlos Barral es uno de los grandes poetas españoles



pos desnudos (sean humanos o geomorfos) entristecen neuróticamente al poeta. En cambio, el fotógrafo se los toma como un reto técnico y, a partir de ellos, busca nuevas significaciones que destruyan su más grosera identidad. Si esta obra es notable por su doble estructura y por los aciertos de uno de los grandes de la fotografía barcelonesa, es sumamente interesante por el replanteamiento de Carlos Barral como poeta.

Un tanto condicionado por su etiqueta de editor, Barral ha sido uno de los poetas que más juicios ha visto aplazados por parte de la crítica y del simple lector. Una relectura del Barral de Metropolitano, de la etapa civil y del último Barral experimental y existencialista, nos pone en contacto con una de las dedicaciones poéticas más valiosas desde la dedicadísima generación del 27. Creo que Barral se mueve más a sus anchas en Informe personal sobre el alba y en los últimos apartados de Figuración y Fuga (incluso en Metropolitano) que en sus poemas de la experiencia compartible. La justa medida de este tipo de poesía la ha dado Jaime Gil de Biedma y 19 figuras de mi historia civil llevaba las de perder frente a Compañeros de viaje, libro coetáneo. Una vez

contemporáneos. Con la obligación moral de considerar a Bécquer contemporáneo. ■ M. V. M.

### Pablo Neruda, en la Sorbona

Aquel «Canilla» del Teunuco, el que comenzó a escribir poesía sin saber que se llamaba poesía aquello que le inspiraba el río, o el atardecer, o el invierno, ha estado hoy aquí hablando, contando anécdotas, confesándose apenas, y recitando. Hoy se llama Pablo Neruda y sabe que se llama poesía lo que escribe, y que escribe poesía, sirve...

A escucharle aquí en la Sorbona ha llegado un público joven en su mayoría, y entusiasta. La sala Richelieu está llena cuando él ha entrado.

Ha empezado hablando de Joaquín Murrieta, el bandido-heroe que termino con la cabeza cortada expuesta al público, y que le inspiró varios poemas y su primera obra de teatro, estrenada recientemente en Italia, por el Piccolo de Milán, y que Neruda considera como «obra anti-racista y anti-imperialista».

De «El memorial de Isla Negra» ha recitado su primer poema, arrastrando un puñá-

do de «eses» y nostalgia. Luego habla de su infancia, y de aquella forma de soledad en la que estaba, o se sentía, y así surge, casi grave, uno de sus primeros poemas escritos. Luego, uno de sus poemas de amor del libro que está llegando a los dos millones de ejemplares vendidos:

«Puedo escribir versos más tristes esta noche».

Hay un silencio profundo. Una atención profunda. El poema parece recién escrito, recién estrenado a cada instante.

«... Es tan corto el amor, y es tan largo el olvido».

El aplauso es inmenso, y el mismo Neruda dice que siempre le sorprende esta acogida a sus poemas de amor.

Se rememora luego su vida diplomática: Birmania, Ceylán, Java, Malasia, y las impresiones que todo aquello dejó en su vida. Era tanta miseria, y aquella anarquía, el alcohol, la droga, la explotación colonial, que le hizo profetizar la crisis del hombre moderno, allá por el año 30.

Y habla de España luego, donde fue cónsul desde 1934. Habla del barrio de Argüelles, de la Casa de las Flores, de su revista «Caballo verde para la poesía». Y habla de Alberti. Y de Miguel Hernández: «Tenía cara de patata, y subía a los árboles con agilidad sorprendente». Y habla de Lorca: «Era muy moreno de carne. Más moreno que los más morenos españoles. Moreno, tal vez, como un mejicano o un gitano... Era alegre como el solo. Tenía una alegría crónica. Era alegre en una actividad que yo diría electrónica. Federico... chispeante, siempre joven y magnífico, no tenía solemnidad ninguna. Se tiraba por el suelo muerto de risa... Se lanzaba al piano con todas sus manos y su boca llena de dientes... Cantaba, dibujaba... Me atrevería a hablar de genio... Era la esencia misma de la creación». Surgen más poemas:

«Os voy a contar todo lo que me pasa».

Son esos poemas que no se sabe si se recitan o se muerden.

«Preguntaréis por qué su [poesía no nos habla del sueño, de [las hojas...».

Está aquí, en la sala Richelieu de la Sorbona, pero yo no sé si está aquí en la Sor-

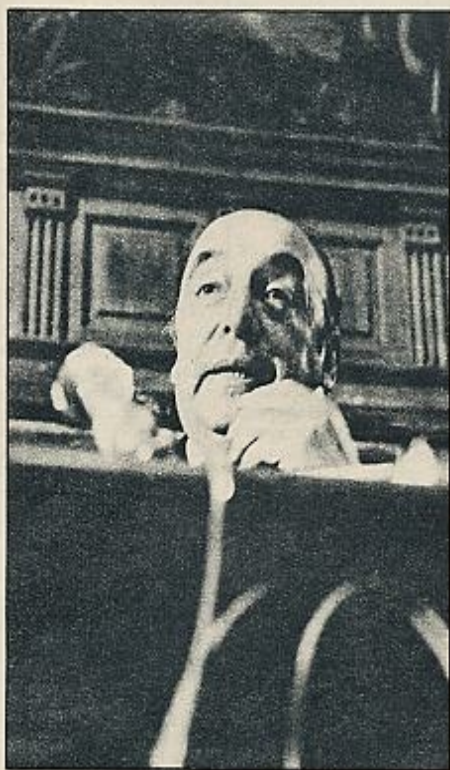
bona, en esta sala, frente a este público...

«... única, viva y soñolenta y sonora».

Luego habla de Méjico, donde fue destinado cónsul en 1940. Fue allí donde tuvo contacto con los grandes muralistas: Siqueiros, Rivera, Orozco. Aquel contacto le impresionó y de allí surgió la idea de un libro que fuera «gran mural de América...».

En 1945, en Chile ya gana las elecciones electorales de senador por las provincias mineras de Tarapaca y Antofagasta. Durante su campaña electoral, a quienes venían a escucharle, Neruda les recitaba su poema «Salud al Norte». El cambio de gobierno de su país, en 1947, le hizo vivir en la clandestinidad durante catorce meses. Al cabo pudo salir de Chile cruzando a caballo los Andes... Consigo llevaba el trabajo de catorce meses: el manuscrito de su «Canto General».

esa piel de tigre de Bengala a la que se le han caído las garras y los pelos. Parecido a como ha escrito: «No estoy. Estoy. Estoy. No estoy». Hay cosas de las que no habla, aunque muchos esperen que hable. Llegando ya al final, un muchacho se ha levantado entre el público y ha interrogado a Neruda... Se oyen frases como: «posición cómoda», «efectividad de lucha», «revolución cubana», «corbardía... Neruda, inmutable —lo parece—, contesta al muchacho recitando un poema sobre el Vietnam. Se le aplaude fuerte al tiempo que varias voces de protesta se elevan en la sala. Neruda se crispa un momento y eleva su voz enérgicamente: «Debo decirles que acabo de recibir una carta de Regis Debray diciéndome que el "Ché" llevaba consigo, cuando le mataron, un manual de matemáticas y el "Canto General" de Pablo Neruda».



Pablo Neruda está ahora aquí. Y nos habla, y nos recita y nos cuenta cosas. Pero apenas se confiesa. Nos habla de la Isla Negra, allí donde escribe tranquilo frente al mar, y donde parece feliz. Está hablando de cosas, como ha escrito de Chou-Tu, o de

Se entrecruzaron los aplausos y los gritos de protesta, y Neruda abandona el estrado gritando: «¡Viva el amor!, ¡Viva la lucha!, ¡Viva la poesía!, ¡Viva la lucha!, ¡Viva el amor!, ¡Viva la poesía!» ■ EVELYN MESQUIDA. París, mayo 1970.

## ARTE

Hace pocos días, antes de mi viaje a Canarias, le entregué a la Galería Iolas-Velasco una nota introductoria sobre Roberto Matta, ese pintor de la imaginación, que va a exponer próximamente. Digo "pintor de la imaginación" como admitiendo una distinción previa en el terreno del arte en general. Frente a los "artistas de la imaginación"... ¿qué hay? Artistas sólo atentos, o fundamentalmente atentos, al espectáculo visual que ellos documentan o promueven con su obra. Los cuadros de esos artistas, los de la imaginación, se diría que poseen un argumento que desborda a la estrecha cárcel que es el cuadro mismo, que se continúa más allá de su propia realidad visible. Yo creo que uno de esos es Jorge Castillo, que precisamente ahora, antes de la exposición de Matta, está exponiendo en Iolas-Velasco. Y aun cuando ya hablé aquí mismo de él, con motivo de su exhibición en Seiquer, esto es otra cosa: un artista de tan fuerte raigambre gráfica como él necesita que se le preste más atención a su muestra al óleo. Junto a él, en estos días, otra exposición en Madrid puede clasificarse entre las de "imaginación": es la bella muestra colectiva de la Galería Sen. Dedicuémosle a ambas un breve comentario.

### Galería Iolas-Velasco: Exposición Jorge Castillo (óleos)

Cada artista, cuando lo es verdaderamente, tiene las disponibilidades instrumentales y el manejo técnico que necesita. Pléñese, por ejemplo, en Degas y en Chagal, dos «grandes» de la pintura que casi nunca usaron el óleo. Y lo mismo ocurre con el mundo pictórico: cualquier pequeño tema puede ser un mundo, con tal de que lo sea

para quien lo realiza. El mundo de Jorge Castillo estaba, hasta donde lo conocíamos, en sus condiciones gráficas y dibujísticas. Ahora, con esta

Aun cuando, sí, Jorge Castillo ha demostrado, además, que es un pintor. Pero no es eso lo que aquí interesa: si me ocupo tan insistentemen-



JOSE MIGUEL RODRIGUEZ



URCULO

exposición, ha demostrado que ha ampliado mucho más allá el campo de su dicción pictórica. Pero no era necesaria esa demostración, porque bastaba con aquello, porque su mundo continúa siendo el mismo. Y es que lo suyo no tenía que desarrollarse necesariamente en la demostración de un poderío pictórico,

te de ello es porque ese tipo de demostraciones tiene su público. Lo que importa es destacar eso que he llamado aquí «el mundo», su temática, ese cúmulo de recuerdos, presagios y adivinaciones. Castillo es de esos artistas cuyas presencias definidas apelan siempre a una serie de ausencias indeterminadas.